ción a la verdad de la creencia cristiana. Y esto le lleva al autor a decir que la cuestión de si la creencia cristiana tenga garantía epistémica, o que sea racional o justificada, es una cuestión que no es independiente de la verdad o falsedad de la creencia de Dios. El autor concluye que la objeción *de jure* no está desvinculada de la objeción *de facto*.

En la cuarta parte (capítulos 11-14), el autor trata algunas objeciones contra la creencia cristiana, como son la inspiración divina de la Sagrada Escritura, el problema del pluralismo religioso, así como el problema del sufrimiento y del mal. Y explica que ninguna de estas objeciones pone seriamente en tela de juicio la verdad de la creencia cristiana. Finalmente el autor recapitula su tesis principal diciendo que la garantía epistémica de la creencia cristiana depende de su verdad. Ahora bien, a la pregunta ¿es la creencia cristiana verdadera?, Plantinga responde diciendo que la existencia de Dios es una cuestión metafísica, y que la cuestión epistemológica de la racionalidad de la creencia en Dios no puede resolverse sin metafísica. Por otro lado, la racionalidad de las creencias propiamente cristianas depende de su verdad, pero ésta no depende de la filosofía, aunque Plantinga a título personal sostenga que es verdad y de máxima verdad.

En conclusión, estas páginas muestran cierta evolución en el autor respecto a algunas posturas manifestadas en escritos anteriores (por ejemplo, su crítica sobre el evidencialismo y su postura respecto a la teología natural). El autor reconoce más abiertamente que los argumentos metafísicos pueden ser una fuente de garantía epistémica para la creencia en Dios. Más aún, admite que su modelo epistemológico no es incompatible con la teología natural. Lo que

parece más discutible es, por un lado, su propuesta de que las creencias cristianas sean también creencias propiamente básicas; y, por otro lado, que lo que él llama el *sensus divinitatis*, y el testimonio interno del Espíritu Santo sean unas facultades cognoscitivas, siendo el primero una facultad natural, y el segundo, sobrenatural. Al margen de estas cuestiones, este libro suscitará una vez más un gran interés en las discusiones sobre la epistemología religiosa y sobre la filosofía de la religión.

Erlito Maraya

Nora POSSENTI GHIGLIA, *I tre Maritain. La presenza di Vera nel mondo di Jacques e Raïssa*, Ed. Ancora, Milán 2000, 477 pp., 15,5 x 21,5, ISBN 88-7610-854-8.

Se le ha dado a este libro, bellamente editado, el título de *I tre Maritain*, en referencia a la familia Maritain, compuesta por Jacques Maritain, su esposa, Raïssa, y su cuñada Vera. Pero, como declara el subtítulo, se ha querido abordar desde la figura menos conocida de las tres: Vera Oumançoff. En el prólogo, Nora Possenti recuerda el momento en que tuvo en sus manos la pequeña maleta con los papeles personales de Vera. Se conserva en el castillo de Kolbsheim, sede del *Cercle d'études Jacques et Raïssa Maritain*, con la mayor parte de los archivos personales del gran pensador francés. Encontró allí mezclados los trazos de una vida transcurrida en segundo plano, pero parte inseparable del ambiente de Maritain. Cree que su biografía ofrece algo parecido: una selección de rasgos y momentos algo dispersos, pero que permiten reconstruir el clima de aquella familia. Los tres formaban una pequeña comu-

nidad humana y cristiana muy unida, alrededor de la cual se desplegaba la fascinante y extensa red de relaciones, que Raïssa recordará en su libro *Las grandes amistades*.

Nora Possenti quiere conservar esta perspectiva próxima y familiar y se sirve principalmente de los diarios y cuadernos de notas del matrimonio Maritain, de los testimonios de sus contemporáneos y de la correspondencia archivada en Kolbsheim. En dieciocho breves capítulos y con un ritmo histórico, se recoge la biografía de los tres, prestando especial atención a su itinerario vital y su amplia red de amistades, que aparece en su aspecto más cotidiano. Logra así una interesante colección de retratos y una amable pintura de época, que agradecerán todos los que aprecian la figura y obra de Maritain y el poderoso destello cristiano de la época en que vivió. No se puede evitar cierta nostalgia, que no es sólo la huella que dejan las realidades humanas entrañables cuando pasan, sino también la pena de que un clima intelectual y cristiano tan intenso se haya evaporado. Al mostrar cómo se creó un núcleo tan vivo alrededor de los tres Maritain, este libro es también una invitación, una enseñanza y un reto.

Juan Luis Lorda

HISTORIA

Erasmus DA ROTTERDAM, *Ritratti di Thomas More. Saggio introduttivo, traduzione e commento di Matteo Perrini*, ed. La Scuola, Brescia 2000, 192 pp., 13,2 x 20,9, ISBN 88-350-9790-8.

En este pequeño libro se ofrece una sugerente visión de la amistad entre Erasmo y Moro y una sobria visión de la

época en que les tocó vivir. Matteo Perrini ha sabido elegir oportunamente los datos que ofrecer al lector y ha estructurado su trabajo en forma lineal y fácil de seguir. El objetivo era muy concreto, acercarse a la amistad entre estas dos figuras del Renacimiento en la forma más completa y sincera posible. Perrini dedica su introducción a relatar cómo fue la amistad entre ellos siguiendo paso a paso los encuentros entre Erasmo y Moro, las visitas de Erasmo a Inglaterra, sus mutuos regalos —algunos tan valiosos como sus propios retratos—, las batallas comunes, sus esperanzas y sus desilusiones. A la luz de tantos afanes comunes, resalta mejor su empeño por regenerar la sociedad de su época, incluida la forma de hacer política, y de dar un nuevo vigor al pensamiento cristiano. La amistad entre Erasmo y Moro es buena perspectiva para comprender algunas de sus obras más significativas, como la *Utopía* y *El elogio de la locura*, dedicado a Moro. En la carta en que Erasmo dedica este libro a Moro le llama «un hombre de todos en todo momento», frase inspirada de la conocida expresión latina «*cum omnibus omnium horarum homo*», y que manifiesta la alta estima en que le tenía.

A la introducción sigue, traducido al italiano y anotado, el texto de las cuatro cartas que Erasmo envía a sus amigos hablando de Moro: la carta 999, dirigida a von Hutten, en la que hace una descripción física de Moro y traza un agudo perfil psicológico de él, cuando se encuentra ya en la plenitud de sus cuarenta años y en el ápice de su carrera; la carta 117, dirigida a Germain de Brie, defendiendo a Moro; la carta 1233, a G. Budé, describiendo la «utopía doméstica de Moro» y, finalmente, la carta 2750, dirigida a Johann Faber, obispo de Viena, en el invierno de 1532, para defender a Moro, cuando ya ha dejado de ser Canciller y está gustando el aislamiento e incluso la